

PRÓLOGO: EL TEJIDO DE LA PERVERSIÓN

Desde que leí *La caricia de Tánatos* me permití ser escéptico respecto a las intenciones de María José Moreno. Desconfiado que es uno. En ningún momento dudé de su capacidad como escritora, del filo de su verbo para adentrarse en las dobleces y contradicciones de las personas y llegar a sus verdaderas motivaciones, a su quintaesencia. Tanto es así que cumplí con sobrado entusiasmo mi trabajo editorial, en la primera entrega de su Trilogía del Mal y también en la segunda, *El poder de la Sombra*. Lo mismo sucederá con la novela que estás a punto de leer. La apoyaré con entusiasmo sin escatimar esfuerzos aunque siga siendo escéptico. Más que nada, porque creo que ese Mal, con mayúsculas o minúsculas, cotidiano o excepcional, es algo demasiado desbordante e inabarcable como para limitarlo a tres novelas.

La caricia de Tánatos nos hablaba de forma elocuente, yo diría que sangrante, de nuestra propia incapacidad para amar, de las enfermizas derivaciones del amor que crecen cuando es la propia raíz del sentimiento la que no puede garantizar un crecimiento adecuado. *El poder de la Sombra* nos obligaba a bucear en nuestro propio interior, para así integrar esas piezas del puzle que se han extraviado, esas partes de nuestra personalidad que la memoria ha enterrado, cuya correcta integración nos acerca a la verdad y la libertad. El broche de oro de este tríptico llega con *La fuerza de Eros*, una novela que confirma y aumenta las anteriores apuestas y añade un riesgo adicional: ese impulso erótico irresistible que da la vida pero que a veces también la puede quitar.

La fuerza de Eros comienza con la rutina de un personaje ya conocido y querido: la psicoterapeuta Mercedes

Lozano se recupera de sus malas experiencias mientras sigue avanzando con su trabajo diario. Entretanto, desaparece una niña. Al parecer, están detrás las maniobras de un grupo misterioso de pedófilos que aprovecha la infraestructura de Internet para operar. Crecen los problemas y Mercedes tardará en darse cuenta de que el círculo se cierra en torno suyo. No ha sabido adelantarse a los acontecimientos, ya que su intuición se ha quedado corta...

Si bien las anteriores entregas de la trilogía se basaban en los diálogos, abordados desde la tranquilidad que da el reparto de papeles —la autoridad de la bata blanca es una barrera firme contra la perversión—, en *La fuerza de Eros*, nuestra Mercedes Lozano será puesta a prueba como nunca antes habíamos leído. Solo contará con su intuición y su templanza como posibles defensas.

Por su propia experiencia profesional, María José Moreno sabe que canalizar y sanar ese Mal es un trabajo que lleva toda la vida, y que apenas admite distracciones. Por eso desde el primer momento fui escéptico respecto a la trilogía. Por eso, y porque somos muchos los que quisiéramos seguir sabiendo de su poderoso personaje, la terapeuta Mercedes. María José tiene por delante infinidad de historias para contarnos, y sabrá hacerlo con mano maestra y capacidad de análisis, aportando brillantes reflexiones. Como dice la canción, el Mal no tiene límites...

David G. Panadero,
director de la colección Off Versátil

Ernesto Palma puso los pies en el suelo y apagó el motor. «No saben lo que eres», se repitió, como tantas veces hacía, al tiempo que se bajaba de la moto y ponía el candado a la rueda para asegurarse de que nadie robara su medio de transporte. El calor a esa hora del mediodía era insoponible. Se quitó el casco y sacó un pañuelo del bolsillo del uniforme de trabajo para secarse las gotas de sudor que resbalaban por su frente. Con estudiado disimulo, giró la cabeza hacia ambos lados; le gustaba asegurarse que nadie reparaba en él. Cogió la caja de las herramientas del trasportín trasero y, con el casco en la mano, encaminó sus pasos, como todos los días laborables, hasta la panadería de la esquina. La dependienta, una señora mayor de rostro afable y pelo blanco que cubría con un ridículo gorro de tela, despachaba en ese momento a una cliente. Al verlo entrar lo saludó con naturalidad y le preguntó por el trabajo, a sabiendas de que no le respondería. Lo conocía desde que llegó al barrio siendo un muchacho y estaba al corriente de que era poco comunicativo.

Ernesto era una persona poco habladora, prefería el silencio desde el que poder observar, vigilar. Podía pasar días enteros sin abrir la boca, a excepción de las frases que por cuestiones profesionales se veía obligado a pronunciar, como: «la caldera tiene la presión suficiente», «parece que el encendido eléctrico está fallando», «todo está correcto», «por favor, firme aquí» o bien los monólogos que, desde hacía un mes, mantenía con su padre. Pensar en él le produjo un escalofrío y un desagradable espasmo en el estómago. La relación que mantenían era, en palabras de los psicólogos, «muy patológica», y la contradicción de sus sentimientos hacia él, la culpable de que llevara una existencia oscura y solitaria. Ni siquiera aho-

ra, cuando su padre ya no podía hacerle ni decirle nada, era capaz de escapar de su dependencia enfermiza.

Cogió la barra de pan del mostrador, pagó y se despidió de las presentes con un brusco y casi inaudible «hasta luego». Cuando pisó la calle entrecerró los ojos cegado por el resplandor del sol. Unos metros más adelante comenzó a sentir las miradas de la gente pegadas a su espalda. Por un instante, dudó si debía girarse para comprobar si esa sensación que tanto lo alteraba era real. Con paso firme y decidido, prefirió continuar; quedarse con la duda resultaba menos dañino que confirmarlo.

A Ernesto tampoco le gustaban las personas; desconfiaba de ellas aunque lo trataran con amabilidad, de ahí la vida monástica que llevaba en cuanto concluía su jornada de trabajo.

Al llegar a su hogar, una casita unifamiliar del barrio del Campo de la Verdad, abrió la puerta y dejó caer las herramientas en el suelo del estrecho recibidor. Con el pie, las empujó hasta pegarlas a la pared para que no estorbaran. Cerró con llave y, recostado sobre la puerta, suspiró aliviado.

Mientras se dirigía al pequeño salón se fue impregnando de la seguridad de lo conocido, del bienestar de las viejas paredes que lo acogían con familiaridad, sin hacerle preguntas. De improviso, su mente voló hasta la última vivienda a la que había ido para revisar la instalación del gas. Sacudió la cabeza para deshacerse de ese turbador pensamiento, aún no podía entregarse a ese recuerdo. En la mesa vació todo lo que llevaba en los bolsillos y dejó la bolsa con el pan. Fue hasta su dormitorio con andar cansado y las manos metidas en los amplios bolsillos. Apretó con fuerza los párpados para librarse de la visión de la niña que de nuevo lo acosaba. Cuando los abrió, ahí seguía, nítida, precisa, real, como si pudiera alcanzarla con solo extender el brazo.

Se desnudó con precipitación y se quedó en calzoncillos, de esa manera podría hacer frente al calor sofocante de aquella casa de techo bajo y cubierta de uralita. En el cuarto de baño, mientras orinaba, recordó que pronto cumpliría cuarenta y nueve años, y eso le provocó cierta desazón; poco le quedaba para los cincuenta y no había hecho nada importante en toda su vida. Lo mejor era no pensar en ello. Se lavó las manos y se detuvo a observar la imagen que le devolvía el espejo: ojos claros y saltones, cejas espesas, entradas profundas, nariz griega, boca grande y un torso amorfo en el que la curva de su barriga se iba haciendo más evidente con el paso de los años, a pesar de su gran altura. Nunca se había gustado y ese día no era una excepción. Sin prisa, salió del baño y se dirigió al dormitorio de su padre.

—¿Cómo te encuentras hoy, papá?

Entrar en aquel dormitorio le producía un efecto singular; era como si volviera a su infancia y se transformara en el niño que anhelaba conseguir el favor de su padre a toda costa, incluso con su propia vida. Entonces, se le hacía evidente su deleznable fragilidad, su impotencia ante el exagerado poder que él representaba, la inconsistencia de los argumentos con los que a menudo se animaba para huir de aquella red, bien pensada y mejor tejida, en la que quedó atrapado cuando era un niño y de la que nunca había sabido cómo escapar.

Como no podía ser de otro modo, nadie respondió a la pregunta. Sin embargo, al acercarse a la cama, le pareció advertir como su padre movía los párpados, signo que interpretó como un síntoma de mejoría, y así se lo hizo saber, tras depositar un beso fugaz en su frente húmeda.

Levantó la sábana y el mal olor del pañal sucio le llegó hasta la nariz. Abrió la ventana de par en par para ventilar la habitación, y el calor, como un rápido salteador de caminos, se apropió de la estancia, elevando su temperatura y contaminándola de un hedor sofocante.

—Venga, vamos a darte una ducha fresca, verás qué bien te sienta. Cuando ya estés limpio te voy a dar de comer —le dijo mientras lo desnudaba con cierta ternura.

Para Ernesto, aquella invalidante enfermedad que había postrado a su padre en la cama era un claro castigo divino. Por una vez, el magnánimo Dios había posado su ojo triangular —que todo lo ve— sobre ellos, advirtiendo el daño que aquel monstruo le había ocasionado desde su más temprana edad y dándole un escarmiento proporcionado a los graves pecados que había cometido.

Su padre lo miró con los ojos muy abiertos y la boca torcida en una indescriptible mueca, secuela del accidente vascular cerebral que había sufrido. Del ojo que no podía cerrar, le resbaló una silenciosa lágrima por la mejilla, y a Ernesto se le encogió el estómago. Nunca supo por qué seguía queriéndolo cuando lo natural habría sido huir, irse lo más lejos posible y no mantener contacto alguno. Pero, a pesar de todo, allí continuaba, preso de una sordida relación de emociones encontradas. «Debe de ser cosa de la sangre», pensó.

En contra de la opinión de la mayoría de sus vecinas y de su médico de familia, que le aconsejaban contratar a alguien que lo ayudara, él había preferido resguardar la intimidad de su casa. Su jornada laboral le permitía dejarlo aseado por la mañana y darle de comer cuando regresaba a mediodía. Por la tarde lo cambiaba a menudo de posición, le daba masajes corporales para desentumecerle los agarrotados músculos y friegas con alcohol, tal como le había enseñado a hacer la enfermera del centro de salud. Era lo mejor, nadie debía entrar allí, aquella casa ocultaba secretos que no podían ser descubiertos.

Introdujo con mucho cuidado sus fuertes brazos bajo la espalda y las piernas, y lo elevó con esfuerzo, aunque había perdido mucho peso por la dificultad que tenía para comer. Con él en brazos, entró en el cuarto de baño

y lo depositó en el asiento de plástico que había instalado en el plato de ducha. Cogió la alcachofa y reguló el agua hasta dar con la temperatura adecuada. La roció despacio, primero sobre la cabeza, después sobre el tórax, los brazos, los genitales, las piernas y los pies. Lo incorporó con cuidado para mojarlo por detrás y, a continuación, echó gel de baño en una esponja natural y comenzó a lavarlo, desde la cabeza a los pies, para que no quedara ni un centímetro de su cuerpo sin enjabonar. Esa actividad rutinaria le permitió evocar el recuerdo de lo sucedido horas antes, cuando finalizaba en un domicilio la revisión de la instalación del gas. Verificaba que la presión y la temperatura de la caldera fueran correctas cuando escuchó el timbre de la puerta y, al poco, irrumpió en la cocina una niña de unos doce años, de melena larga y morena. Llegaba del colegio sedienta y se sirvió un gran vaso de agua. Vestía una camisa blanca en la que despuntaban los pezones de sus incipientes pechos y una falda colegial de cuadros escoceses rojos y azules, más corta de lo que debería para un uniforme, que dejaba al aire unos sugerentes muslos. Nada más verla, Ernesto se estremeció y no pudo evitar tener una erección que escondió como pudo. A punto estuvo de que se le cayera de las manos el destornillador eléctrico. Preocupado por lo que estaba sintiendo, se apresuró a purgar los radiadores de los baños e introdujo los datos en el aparato para terminar lo antes posible. Mientras recogía las herramientas, la niña seguía paseándose delante de él, exhibiéndose en un ir y venir improductivo, como si hubiera captado la excitación que le había causado.

Rememorar esa situación le congestionó el rostro y le secó la boca. Llegado a ese extremo solo podía solucionarlo de una manera... Tendría que esperar a terminar de aseo y dar de comer a su padre.

Lo secó y, con la toalla echada por encima, lo dejó ata-

do a la silla para que no se cayera. Fue hasta el dormitorio, quitó la ropa de cama manchada, la introdujo en la lavadora y la puso en marcha. La vistió con sábanas limpias y un ligero olor a suavizante le devolvió la imagen de la niña. Era el mismo que había percibido cuando dejó el vaso en el fregadero, justo al lado de donde él trasteaba. Acercó la nariz a la sábana y aspiró el olor hasta que no pudo más. Un agradable cosquilleo le subió por las piernas hasta los genitales.

Con la premura que impone la necesidad de satisfacer el deseo, llevó a su padre hasta la cama. Le puso el pañal y una servilleta a modo de babero. Lo sentó lo mejor que pudo, colocando en su espalda un par de cojines. Fue a calentar el puré y poco después, cucharada tras cucharada consiguió que se tomara casi todo el cuenco. Darle de comer no era tarea fácil. La parálisis de la boca hacía que se cayera más de lo que entraba. Por regla general, Ernesto tenía una paciencia infinita, aunque en días como aquel su prisa crecía en relación directa a su tensión sexual.

Cuando terminó, bajó la persiana de la habitación dejándola a oscuras para que durmiera la siesta. Salió precipitadamente en dirección a su «refugio». El lugar en el que guardaba su «secreto», donde vivía el auténtico Ernesto: el niño profanado en su inocencia, el adolescente desubicado que no supo qué hacer con su sexualidad, el joven que eligió aislarse del mundo, el pedófilo recalci-trante que pretendía no hacer daño a nadie con su perversión.

Aunque sabía que su padre no podía moverse, se aseguró de que la puerta estaba cerrada con el pestillo, encendió el ordenador y se quitó los calzoncillos. Buscó entre sus documentos la carpeta «Últimas adquisiciones» y se puso cómodo. La primera imagen se correspondía con una niña de unos nueve años, desnuda; una imagen claramente casera. La siguiente, un bebé en el baño...

Cientos de imágenes pasaban por delante de sus ojos a la velocidad de un clic del ratón: desnudas, semivestidas, de cuerpo entero, solo la zona genital, con hombres, sin hombres. De pronto una le produjo una vigorosa erección. La niña, aunque más pequeña, le daba un aire a la que había visto por la mañana. Sin duda, estaba posando. Vestida de uniforme, tenía entre sus manos un conejito. Estaba tumbada en la cama, con las rodillas dobladas y sin braguitas. Amplió la imagen a pantalla completa y comprobó que los muslos entreabiertos dejaban ver una suave y rosada vulva sin vello. No pudo resistirlo por más tiempo y, mientras fantaseaba con tenerla entre sus brazos, se masturbó con impaciencia hasta que, exhausto de placer, se relajó.

Entonces notó el gusanillo del hambre.